



LOS PAPELES DE LA TROIKA



JAVIER TRAITÉ

LOS PAPELES DE LA TROIKA

Javier Traité



LOS PAPELES DE LA TROIKA

V.1: Marzo, 2015

© Javier Traité, 2014

© de esta edición, Futurbox Project, S. L., 2014

Ilustración de cubierta: María López Lastra

Diseño de cubierta: Taller de los Libros

Publicado por Principal de los Libros

C/ Mallorca, 303, 2^o 1^a

08037 Barcelona

info@principaldeloslibros.com

www.principaldeloslibros.com

ISBN: 978-84-16223-23-7

IBIC: FA

Depósito Legal: B. 7643-2015

Maquetación: Taller de los Libros

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo

puede ser efectuada con la autorización de los titulares,
con excepción prevista por la ley.

LOS PAPELES DE LA TROIKA

Una comisión de la troika aterriza en España para analizar nuestros problemas y darnos los mejores consejos para salir de la crisis. Pero tras la primera reunión con el gobierno español, los inspectores acaban en una fiesta con alcohol, drogas y sexo que tendrá consecuencias nefastas.

Al despertar, una llamada les advierte de que los fondos trimestrales de la Unión Europea han desaparecido y, aparentemente, ellos están implicados en el desfalco más grande de la historia.

A partir de entonces empieza una cuenta atrás para averiguar quién ha vaciado las arcas europeas y para que los inspectores puedan demostrar su inocencia. Karl, Hans, Helga y Timo llegarán, en su viaje por España, al delirante corazón de las tinieblas de Europa.

ÍNDICE

1. La suite
2. 24 horas antes
3. El encuentro
4. La reunión
5. La fiesta
6. Problemas
7. El desfalco
8. El sombrero
9. Bella Italia
10. El Esturión
11. Los siete de la torre
12. Die Wilden Detektives
13. El evento
14. La llamada
15. Confesiones
16. Los primos
17. El trato
18. Malas noticias
19. The Final Countdown
20. Hans
21. El interrogatorio
22. El interrogatorio (segundo intento)

23. Escape
24. Dimisión
25. La penúltima noche
26. Algo increíble
27. El desfile
28. Salida
Epílogo
Agradecimientos
Sobre el autor

Para Alba Claudia.
Bienvenida a esta locura.

Todo lo que vas a leer es ficción

1. La *suite*

A Helga Rorschach la despertó el himno del Bayern de Munich. Pero, pese a abrir los ojos, no vio nada. Necesitó unos segundos de himno para tomar conciencia de que tenía algo encima de la cabeza. Algo que resultó ser un muslo peludo.

Emergió con dificultad de debajo de otras extremidades humanas y miró alrededor con el ceño fruncido. ¿Qué demonios era aquello?

Se trataba de la *suite* en la que habían celebrado la recepción, en el Palace, en Madrid. De eso estaba segura. Era la que tenía aquel enorme ventanal, cuyas persianas estaban ahora bajadas y dejaban pasar apenas unos hilos de luz.

Pero la última vez que había estado en aquella *suite*, no había cuerpos semidesnudos.

Estaban por todas partes. En la cama, con ella, una mujer boca abajo, y un hombre muy peludo con una cabeza de Pantera Rosa.

En el suelo, a ambos lados de la cama, y por toda la espaciosa *suite* hasta donde le alcanzaba la vista, hombres y mujeres respetables durmiendo la mona.

Reconoció a unos cuantos de un vistazo. Estaban aquellos asesores del gobierno, y Ricky Johnson, del FMI,

que sólo llevaba las botas. ¿Quién llevaba botas en julio? Quizá por eso se había quitado el resto.

Bajó de la cama y sintió un agudo dolor en el pie. Miró hacia abajo y vio que se había clavado el borde de la base de una reproducción en miniatura de un león del Congreso de los Diputados que alguien había dejado tirada en el suelo. Por muy poco no había pisado la cabeza a la asesora de Presidencia, que dormía ahí, envuelta apenas en una bandera de España.

Intentó localizar el origen del himno del Bayern, es decir, su móvil, antes de que se cortara la llamada, pero no lo consiguió. Tardó unos diez minutos en encontrarlo, diez minutos en los que no fue capaz de pensar en nada más, como si tuviera el cerebro atascado. Tenía que encontrar el móvil porque la habían llamado. Apenas le dio tiempo de llegar al lavabo.

Cuando entró en el baño, lo primero que vio fue a Karl metido en la bañera. Vestido e inconsciente. Pero en la bañera no había agua, sino cientos de leones del Congreso y otros productos de *merchandising*: pastillas de jabón, leones de peluche, barajas de naipes españoles, abanicos... todo con sus correspondientes escudos y banderitas de España.

Lo segundo que vio fue a sí misma en el espejo. Comprobó que ella llevaba puesto el resto del disfraz de Pantera Rosa que le faltaba al misterioso tipo peludo: un traje de felpa del que justo ahora tomaba conciencia, con una oportuna obertura a la altura de las nalgas. No se le escapó que tal obertura tenía muy serias implicaciones, pero le vino de maravilla para no orinarse encima.

Intentó centrar la cabeza. No es que le martilleara la clásica resaca, sino que la tenía *espesa*. Le costaba mucho asimilar el caos que la rodeaba. ¿Qué narices había ocurrido la noche anterior? Habían tenido aquella reunión

con el gobierno español, y luego habían acudido a una recepción con el embajador. Luego...

El himno del Bayern la sobresaltó y dio un brinquito sobre la taza, y también asustó a Karl, que al agitarse hizo saltar unos cuantos abanicos y leones del congreso por los aires, y empezó a emitir lastimeros gemidos de dolor.

Helga le hizo callar con un siseo, y cogió el móvil. Era Carol.

Saludó a su amiga y luego escuchó. Abrió mucho los ojos, contestó, escuchó más, negando con la cabeza, y contestó con más energía, lo que acabó de despertar a Karl, que intentaba salir de la bañera.

—Dame una hora —dijo Helga—, dame una hora, tengo que hablar con el resto. ¡Dame una hora, coño!

—¿Qué pasa? —preguntó Karl cuando ella colgó. Estaba sentado en la bañera, estirando la espalda y frotándose los ojos—. ¿Y por qué vas disfrazada de la Pantera Rosa?

—No lo sé —dijo ella limpiándose con dificultad y levantándose del retrete—. Vístete. Tenemos problemas. ¿Dónde están Hans y el resto?

—¿Y yo qué sé? Acabo de salir de una bañera llena de... ¿qué demonios es esto? ¿Qué hacen aquí todas estas figuritas y estas tazas? Oh, joder, estoy viejo para esto. Me encuentro hecho polvo.

—¡Vístete! —ordenó ella, y salió del baño agitando la cola rosa.

Aunque lo que Karl se quedó mirando, por supuesto, no fue la cola.

En realidad Karl ya estaba vestido, así que diez minutos de acicalamiento lo dejaron presentable en su traje negro. El negro era un color muy útil para todo tipo de situaciones, un traje que permitía moverse con naturalidad en cualquier escena, pero el panorama que encontró Karl al salir del

baño lo dejó atónito. Lo primero que le vino a la cabeza fue que debían de haber tomado parte en una especie de orgía españolista. Luego, cuando empezó a reconocer algunos de los rostros que por ahí dormitaban (entre ellos los de un embajador, una senadora, un conocido periodista conservador y un ministro), pensó que su primera idea quizá no iba tan desencaminada. Pero, ¿cómo habían llegado allí?

Helga ya se había vestido, y sacudía el brazo de un gigantón tumbado en el suelo junto a un arpa gigantesca. Su atuendo consistía tan sólo en calzoncillos, calcetines y mocasines. Karl tuvo que ayudarla: despertar a Hans «El Cíclope» de una borrachera no era tarea sencilla. Aunque últimamente se había convertido casi en una costumbre

Al cabo se alzó el hombre: una mole de casi dos metros y ciento cuarenta kilos de pura carne bávara, con barriga generosa, y una caja torácica a su altura (o a su anchura). Coronaba aquella obra una cabeza grande y alargada, de gran quijada y poco pelo, corto, castaño claro. Y el parche que le valía el mote cubría su ojo izquierdo. Hans Wernike, gruñó y dijo:

—¡Mi cabeza!

Acto seguido salió corriendo hacia el baño, cubriéndose la boca con la mano. Pero el camino sembrado de prostitutas, gigolós, empresarios, políticos y diplomáticos no se lo puso fácil, y tras pisar unas cuantas extremidades, acabó tropezando y cayendo sobre uno de ellos. Aquello disparó el vómito, que salió con la potencia de un manguerazo de bombero regando a tres o cuatro personas. —Oh, venga ya, Hans, ¡tenemos que irnos! —insistió Helga, inmisericorde.

Entre los afectados por aquel tremendo chorro resultó estar Timo, que cuando vio su hombro y su pecho surcados por un reguero de vodka, gambas y jugos gástricos, vomitó

a su vez. Entonces intentó limpiar el vómito del suelo con la manga de una chaqueta que había tirada por allí.

—Que lo hagan las de la limpieza —dijo Helga, impaciente—. ¡Vestíos de una vez, tenemos problemas!

—¿Qué problemas? —insistió Karl.

—¡Problemas serios! ¿Dónde está Cornelis?

Necesitaron otros diez minutos para que Timo y Hans se recuperaran del amanecer resacoso, se vistieran y estuvieran presentables para salir a los pasillos del Palace. A Cornelis no lo encontraron por ninguna parte.

—Quizá se fue a su habitación —aventuró Karl.

—Pues vayamos a buscarle —dijo Helga abriendo la puerta de la *suite*.

2. 24 horas antes

A las 09:47 del jueves 28 de junio de 2014, aterrizó en Barajas un avión del que salieron dos alemanes y un belga vestidos de negro.

Cargaba cada uno con un maletín y una pequeña bolsa de viaje de marca, y caminaban decididos por la terminal, liderados por el más bajito de todos. Era un hombre de mediana edad, con el pelo entrecano y mirada inquisitiva, que se dirigía hacia la salida de pasajeros seguido por un muchacho rubio de ojos claros, y un tipo con ensortijado cabello negro y una poblada barba.

Atravesaron las puertas y salieron ante la multitud expectante. Caras alegres y esperanzadas les miraron a los ojos para acto seguido ignorarlos con desencanto y seguir buscando a sus seres queridos. Nadie les esperaba. Y, si alguno supiera quiénes eran, seguramente haría algo peor que no esperarles.

Pero eso a ellos les daba igual.

Buscaron entre las personas que levantaban carteles por encima de la cabeza. Había unos cuantos a aquella hora. Pero entre todos aquellos nombres y organizaciones, no estaban los suyos.

—Pues empezamos bien —dijo el hombre bajito. Entonces miró a su compañero de la barba—. Cornelis, llama al enlace a ver por qué no han venido a buscarnos.

—Acabamos de llegar, démosles cinco minutos, ¿no?

—No señor, nuestro vuelo ya ha llegado con veinte minutos de retraso. El enlace tendría que estar aquí.

—Pero Karl, quizá se ha ido a tomar un café o ha ido al baño y aparece en un minuto.

—A lo mejor ese es el problema de este país. Que la gente se va a tomar café o va al baño cuando tendría que estar trabajando. No, no, prefiero que llames. Además, así vamos sentando las bases del diálogo. Que sepan quién manda aquí.

Cornelis llamó, pero no obtuvo respuesta. Luego recibió una llamada, y habló con alguien del ministerio, que había enviado al enlace, pero al parecer se había quedado atrapado en un atasco.

—La excusa más vieja del mundo —comentó el muchacho rubio, y se volvió hacia Karl—, al menos desde que existe el coche. Entonces, ¿dices que el resto de la comitiva ya ha llegado? ¿Quiénes son?

—Dos inspectores veteranos, que además son viejos amigos. Llegaron ayer por la noche desde Grecia, nos encontraremos en el hotel. Créeme, Timo, vas a aprender mucho en esta misión.

—Inspección —corrigió Timo en voz baja.

—¿Perdón?

—Formalmente, se trata de una «inspección». No de una «misión». Eso dicen todos los documentos.

—¿Es que tengo aspecto de formulario? —preguntó Karl, molesto, y desechó la cuestión con un liviano gesto de la mano—. Inspección, misión, es irrelevante. Lo que quiero decir es... ¿Te suena Hans Wernike? ¿El Cíclope?

—Sí, claro, todo el mundo ha oído hablar de él —respondió Timo, ilusionado de pronto—. ¿Wernike forma parte de la comitiva?

—Correcto. Y Helga Rorschach.

—No sé quién es.

—Pues una de nuestras mejores inspectoras, la verdad. Muy completa. Un activo muy valioso, ya te digo que aprenderás mucho.

—¿Tú los conoces también, Cornelis?

—Sí —contestó éste, distraído—, a Hans, sobre todo. Con Helga también nos conocemos desde hace años, pero ella es más... como más... *hermética*, ¿sabes? Tiene esa cara, que no sabes en qué puede estar pensando.

—Es una mujer celosa de su intimidad —zanjó Karl—, lo cual es razonable en estos tiempos de chismorreos. Mirad, nuestro enlace debe ser ése que viene corriendo.

Efectivamente, un muchacho con un pelo de color beige, muy bien peinado y algo sudoroso, llegaba corriendo hacia ellos con un cartel en la mano que decía «Mr Koenig — Mr Müller — Mr Bruyn — CE».

—¿Son ustedes los señores Kongi, Múler y Bruni? ¿De la Comisión?

—Es posible, es posible —respondió Karl, muy serio, en perfecto castellano—, tome aire, hijo, que le va a dar algo.

—Es que un atasco... ¡un atasco que...! ¡Buf!

—Sí, buf. Bien, ¿y usted se llama?

—Sí, perdonen, yo soy Armando, el secretario del Secretario. Es un honor recibirles en España, *¡jalou ung wilcolmen auf espanian!* —se puso rojo mientras forcejeaba con el alemán— *Güen sie... ¿folgen? ¡folgen!*

—Mire, le agradezco el esfuerzo, pero será más fácil para todos si hablamos en español. —Se interrumpió cuando una llamada entró en su móvil. Miró la pantalla, puso los ojos en blanco y le dijo a Armando—: ¿Podemos irnos ya? Llegamos tarde a una reunión.

Mientras andaban de camino al coche, sonó de nuevo el móvil de Karl, que cogió la llamada.

—Sí, hola cielo... Sí, sí, ya he llegado, todo bien... No cariño, ¿cómo se va a caer el avión? ¡Sólo era un retraso de veinte minutos!

Armando conducía una limusina negra y les hablaba desde el asiento del conductor.

—¿Es su primera vez en España? España les gustará mucho, ya verán. Tenemos sol, y chicas guapas. Y buena gente, los españoles, ¿sabe?

—Ya conocemos España —dijo Karl frotándose la frente—. Oiga, ¿tienen los informes que les pedí?

—¿Informes? Yo no sé nada de los informes. Sólo soy el chófer —soltó una risita nerviosa.

—¿No dijo que era usted secretario del señor Gurruga?

—Sí, pero quiero decir, que yo ahora mismo sólo hago de chófer. ¿Sabe? Yo no sé nada de ningunos informes. Yo si quieren les puedo llevar a un par de sitios fantásticos para comer —soltó otra risita. Sudaba a mares—. ¡Y les puedo llevar al Santiago Bernabéu!

—Quizá más adelante —respondió Karl con un suspiro, reclinándose en el asiento—, de momento déjenos en el hotel.

—Sí, sí. ¡Rumbo al Palace!

Los inspectores se pusieron entonces a hablar entre ellos, en alemán, dejando a Armando solo con sus pensamientos. Karl preguntó a Cornelis sobre Hans.

—¿Cuánto hace que no lo ves?

—La verdad es que más de un año... ¿casi dos? —dijo Cornelis—. Yo qué sé, hubo todos aquellos cambios, cuando a Durão le dio uno de sus arranques de genialidad...

—Bueno, pues te aviso que está algo... delicado. Psicológicamente, ya sabes. Sus últimos informes no indican nada bueno.

Y para más señas, le hizo a Cornelis el universal gesto de empinar el codo. Armando, que lo vio a través del retrovisor, tuvo que contener una risita. «Estos alemanes

ya están pensando en beber. ¡Pues van a flipar!». Tenía órdenes muy concretas, y pensaba cumplirlas.

—Hubo un par de incidentes este último año —siguió explicando Karl, ajeno a los pensamientos de su chófer—, el más gordo en la cena de Navidad. ¿De verdad no estuviste?

—No, no, me fui a Camboya.

—¿A *Camboya*? ¿Y qué hacías tú en Camboya en Navidad?

—Pues... visitar Camboya. Te envié una postal. ¿Qué pasó en la cena?

—Estábamos tan tranquilos cenando, ¿vale? Cuando de repente vinieron dos tipos, dos asesores del FMI. Eran amigos de Wendy, la de Recursos, o de Lukas «el Pasmao», no me acuerdo, y se sentaron al lado de Hans, que en general no traga a los del FMI. Él había empezado a beber demasiado pronto, y cuando llegó el segundo plato tenía ya una mirada... y bueno, empezó a hacer comentarios fuera de tono y a reír demasiado alto. Uno de los del FMI le dijo que hiciera el favor de calmarse, que estaba escandalizando a los comensales, y entonces Hans... bueno, se *levantó* y dijo que lo que sí que era escandaloso era la praxis del FMI. Que sólo se dedicaban a joder países. Y que Christine Lagarde podía venir y comerle los huevos.

—¡Madre mía!

—Imagínate la cara de todos. Los del FMI estaban muy alterados, los camareros alucinaban, y entonces Hans intentó subirse a la mesa...

—¡No!

—Sí. Bueno, no lo consiguió, resbaló con los tallarines y cayó. Partió una ensaladera con la cabeza, y proyectó el hummus en todas direcciones, especialmente hacia el escote de Wendy. Hubo como un temblor.

—No es un hombre pequeño.

—Sí, no le llaman el Cíclope solo por lo del ojo, no. Vaya caída, Cornelis. Fue un estruendo tal que hasta en Japón

debieron activar la alerta de *tsunamis*. Luego salió el jefe de sala del restaurante y en fin... todo aquello era un desastre, vajilla rota, sangre, hummus... tuve que llevarme a Hans a urgencias para que le cosieran la frente. Pero era imposible moverlo. Tuvimos que meterlo en el coche entre cinco, aparte de soltarle un dineral al del restaurante para cubrir los desperfectos y comprar su silencio...

—¿Era una sala privada?

—Teníamos todo el restaurante para nosotros. Solo hubiera faltado público, o alguien con un *smartphone* grabando aquello y subiéndolo a YouTube... habría sido el fin de la carrera de Hans.

—Me sorprende que una historia así no llegara a los oídos de los grandes jefes —comentó entonces Timo, que había seguido toda la historia con los ojos muy abiertos.

—Llegó, claro que llegó —contestó Karl—. Pero son muchos años de servicio, mucha presión, vemos muchas cosas... y se trata de incidentes puntuales. Piensa Timo, que mientras no se entere la prensa, tenemos cierto margen. Si te caza una cámara, estás liquidado, pero mientras no te pillen...

—Pero entonces, ¿está apto para el trabajo? —preguntó Timo, dubitativo.

—¡Pues claro que sí! —respondió Karl—. Hoy podrás verle en acción. Quizá montemos nuestro numerito del poli bueno y el poli malo.

Timo arqueó una ceja, pero no dijo nada. Miraba por la ventanilla mientras Madrid se acercaba a ellos a unos ciento cuarenta kilómetros por hora por una autopista vacía.

3. El encuentro

Cuando Karl llamó a la puerta de la *suite* de Hans, los inspectores sintieron el retumbar de unos pasos acercándose. Entonces la puerta se abrió y apareció el inspector especial Hans Wernike, alias «El Cíclope», en toda su majestuosa gloria.

Calzaba sus mocasines negros, y unos calcetines Scotch hasta casi debajo de las rodillas, que llevaba al aire, porque iba en calzoncillos. También llevaba una camiseta de tirantes de color blanco cubriendo la inmensidad de su tronco superior, una corbata a medio anudar, y su parche, como es lógico, coronando una gran sonrisa.

—¡Karl! ¡Cornelis! ¡Qué alegría veros, amigos! ¡Pasad, pasad! —dijo abrazándolos a todos mientras los introducía en la *suite*.

También abrazó a Timo, que estaba algo sorprendido por aquella situación tan informal.

Dentro de la lujosa *suite* se encontraba también una mujer: Helga Rorschach. De unos cincuenta años y de muy buen ver, esperaba con cara de aburrimiento sentada en uno de los sofás con las piernas cruzadas y un vaso ancho de whisky en la mano. Cuando les vio entrar dibujó apenas una sonrisa.

—Llegáis tarde —dijo—. ¿Por qué tuvimos que quedar en la *suite* de Hans? Lleva media hora paseándose por aquí en calzoncillos, peleándose con el nudo de la corbata.

—A mí no me mires, vosotros llegasteis primero —respondió Karl dirigiéndose hacia Helga, que ya se había levantado y le daba la mano y dos besos—. ¿Qué tal va todo? ¿Qué tal por Grecia?

Ella soltó un bufido, miró hacia arriba, y se fue a saludar a Cornelis, y a presentarse a Timo. Hans, que estaba sacando un botellín de vodka de la nevera, negaba con la cabeza.

—Aquello está muy mal, amigo. Muy mal —dijo con tristeza—. La gente está en las últimas, y los putos nazis esos... y ahora con Tsipras al acecho, la cosa se ha puesto tensa en Bruselas.

—Bueno, Hans, lo que hagan los gobiernos no es responsabilidad nuestra.

—Hombre, no, pero somos nosotros quienes...

—Quienes tenemos la medicina que necesitan los estados —cortó Karl, nervioso, al ver que Timo observaba a su amigo con gesto de desaprobación—, y tenemos otra misión que cumplir. Estos españoles del demonio no están haciendo todos los deberes, y nos han encargado que les hagamos entender tres o cuatro conceptos. Tenemos la primera reunión dentro de una hora, o sea que vístete. Hay trabajo que hacer.

Le quitó el vaso de vodka de las manos y se lo bebió él.

—Además, quiero presentaros oficialmente a Timo Bruyn. Es un muchacho muy prometedor, recientemente ascendido a inspector, y con el que coincidireis bastante a partir de ahora porque yo... —carraspeó y dijo en voz baja — me retiro.

Aquello fue una conmoción para Hans, que le cogió por los hombros, preocupado.

—¡Cómo! ¿Por qué? ¿Estás bien?

—Sí, sí, estoy muy bien, es solo que... en fin, hemos estado hablando, Patricia y yo. Ya sabes que siempre se ha quejado de lo poco que paso por casa y...

—¡Pero hombre! ¡Está casada con un funcionario de alto nivel de la Unión Europea! ¡Pues claro que no pasas por casa, porque estás trabajando para el pueblo de un continente entero! Además, a ti te encanta esto.

—Bueno, sí, pero ya sabes, ella... nunca lo ha llevado bien, y voy a cumplir cincuenta y dos. Así que me retiraré y... me iré a casa. A la casa de Alemania, con Patricia. En Bienenbüttel. Viviremos tranquilos, y seremos felices, seguro. Me espera una paga de aúpa, y luego están todos los fondos de inversión, las acciones... Nunca tuvimos hijos, así que...

Hans le miraba consternado.

—Pero hombre —decía, negando con la cabeza—, si Patricia siempre te ha hecho la vida imposible. ¿Qué hay de aquella vez que tuviste que volver de Turquía en una mierda de avión militar porque ella había fingido su propio secuestro?

—¿Tu mujer fingió su propio secuestro? —preguntó Timo, más consternado cada vez.

Helga, que había permanecido seria durante toda la historia, se permitió una sonrisa mientras bebía su whisky y miraba por el ventanal de la *suite*.

—¡En cualquier caso! —dijo Karl, sonrojado, y mirando a Helga de reojo durante un instante—. Ya he tomado la decisión, se lo he comunicado al subcomisario. Por eso está aquí Timo, la savia nueva que necesitamos. Va bastante pez de español, pero es extremadamente competente como analista financiero. Se trata de que en las importantes reuniones que mantendremos estos dos días, le enseñemos sobre el terreno la dinámica de las negociaciones entre un estado y la Comisión Europea. Ya verás, Timo, que por lo general basta con advertirles del Apocalipsis que se les vendría encima si no siguen nuestros consejos.

—Gracias, gracias, Karl —dijo Timo—. Para mí es un orgullo poder trabajar y aprender de inspectores tan...

veteranos.

La reunión se dispersó mientras Hans acababa de vestirse. Karl y Timo hablaban con Helga sobre el currículum del último, y Cornelis ayudaba a Hans a anudarse la corbata.

—En treinta años todavía no te he visto anudarte una corbata a la primera —comentaba Cornelis.

—Siempre he sido torpe con los nudos —dijo Hans—. Oye, ¿tú sabías lo de Karl?

—Sí, me lo comentó en el vuelo.

—¿Y qué te parece?

Cornelis se encogió de hombros.

—Si es lo que él quiere...

—Venga ya—respondió Hans bajando aún más el tono—. Tú conoces a Patricia. *Has estado en Bienenbüttel*. ¿Quién coño iba a querer vivir allí?

—Escucha, es su vida, ¿vale? —dijo Cornelis—. Si Karl ha decidido que esto es lo mejor para él, pues yo me alegro por él.

—Y si decidiera que lo mejor para él es tirarse a un tren, ¿tú le dejarías y te alegrarías por él?

—Vivir con Patricia no es lo mismo que tirarse a un tren —protestó Cornelis.

—Claro que no —dijo Hans sonriendo—. Es *peor*. Mata mucho más lentamente.

—¿Estamos o qué? —preguntó Karl asomando de pronto la cabeza por la puerta—. Tenemos que reunirnos antes con los del FMI y los del BCE para acordar posiciones. Nos estarán esperando allí.

—Los del FMI mejor que no se metan donde no les llaman y nos dejen hacer nuestro trabajo —dijo Hans poniéndose los pantalones—. ¿Quién ha venido?

—Melinda DeShaun y Ricky Johnson —dijo Karl.

—¡No! ¡Ricky Johnson no, joder! —exclamó Hans—. ¡Odio a ese cretino!

—No tienes que irte a la cama con él —dijo Karl con exasperación—, basta con no acabar a puñetazos. Seriedad en la reunión, por favor. La situación es delicada, no podemos meter la pata, y menos pelearnos entre nosotros. Si ellos meten baza, tú déjame a mí. Además, Johnson no es tan malo, solo habéis tenido mala suerte.

—Siempre nos cargan el muerto a nosotros —protestó Hans.

—Es mi último trabajo para la Comisión, Hans, ¿crees que podré tenerlo en paz?

—Sí, hombre, sí. Claro que sí. ¿Qué podría ir mal?

Y entonces soltó una gran risa y palmeó el hombro de Timo, que pasaba por ahí.

—Bueno, bueno, bueno, así que Timo. Finlandés, ¿no? El nombre, digo.

—Sí, por mi abuelo, aunque yo soy belga. Déjame que te diga que es un honor conocerte, todos hemos oído hablar de ti.

—¿Ah, sí? ¿Quiénes son «todos»? ¿Y qué habéis oído? — Hans le miró ceñudo, escrutándole con su único ojo hábil.

Timo tragó saliva.

—Nada, nada, es decir... Que tienes fama de... tu mano de hierro con los gobiernos es legendaria...

La mano de hierro de Hans aflojó la presión sobre el hombro de Timo, y volvió a convertirse en un gesto de camaradería.

—Bueno, bueno, —dijo el bávaro—, aprenderás rápido. La mecánica es muy sencilla, se basa en el principio de que nosotros somos el sistema y tenemos el dinero, y ellos tienen la deuda de la que no pueden escapar. A partir de aquí, se trata de hacérselo entender...

Se fueron hablando por los amplios pasillos del Palace hasta la limusina, en la que esperaba, solícito, Armando.